

LA MARIPOSA DE LA PACAYA

POR

Anastasio ALFARO

Director del Museo Nacional

Una de las plantas ornamentales de Costa Rica, que atrae más la atención del viajero, es seguramente la pacaya, conocida por los botánicos con el nombre de *Chamaedorea bifurcata*, cuyo follaje verde esmeralda refresca el ambiente en los días calurosos del verano. Las hojas rara vez se marchitan, y cuando lo hacen, toman un color amarillo de oro; sus cañas delgadas, siempre verdes, se levantan hasta tres metros de altura, y forman graciosos plumeros de palmas encorvadas, cuya frescura y agrupamiento en cepas constituye el mejor de los adornos en nuestros jardines, corredores, pasillos, y aun dentro de los salones más bien decorados; resiste las estrecheces de un cubo de madera y la escasez de oxígeno en las habitaciones cerradas; así se le ve siempre placentera en su bosque nativo, en las habitaciones de la gente rica, en los jardines públicos y en las casas de la mayor pobreza, donde quiera que una mano amiga la plante con cariño. Tiene, sin embargo, la pacaya un enemigo declarado en la oruga de la mariposa descrita por Linneo bajo la denominación de *Opsiphanes cassiae*.

Por la tarde, al ponerse el sol llega la mariposa desde lejos, revolotea sobre el follaje y se mete debajo de las hojas, en busca de un lugar apropiado para instalar su prole; se cuelga con las cuatro patas posteriores, con las alas plegadas y encorvando el abdomen hacia arriba deja pegado a la espal-

da de una hojuela su huevecito blanco, cristalino, ligeramente verdoso, de uno a dos milímetros de diámetro, con 30 estrías longitudinales y convergentes sobre el punto de suspensión. Después, vuela a otra hoja y repite el mismo trabajo, distribuyendo así en varias hojas, plantas y jardines la totalidad de su postura, que alcanza a cuarenta huevos.

Algunos días más tarde el huevecito aumenta de volumen y se transforma en oruga verde, que toma por vivienda la extremidad de una hojuela, convertida en cartucho por me-

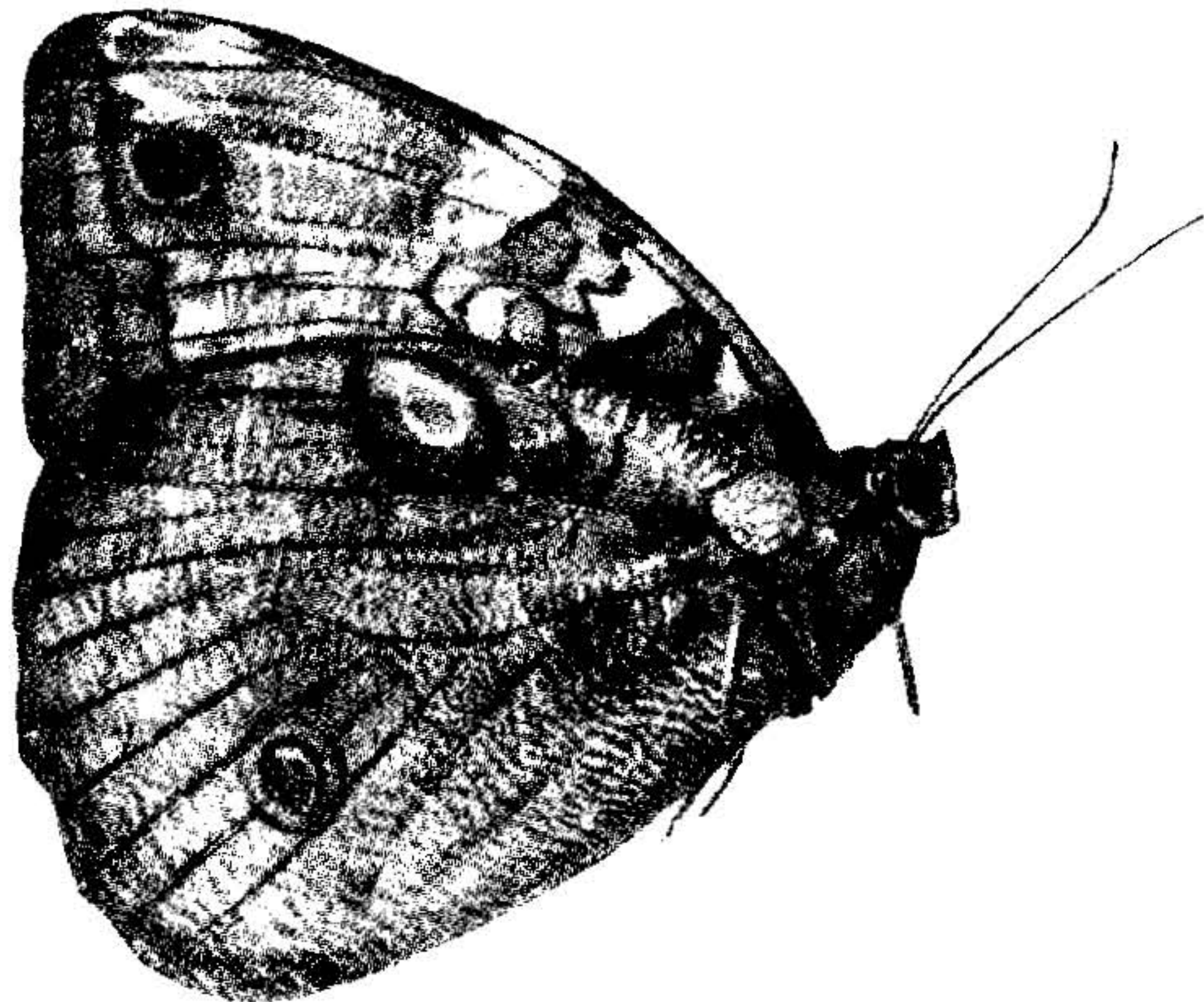


Fig. 12.—*Opsiphanes cassiae*.

dio de hilitos sedosos; por la noche sale de su escondite, retrocediendo, sigue la nervadura central y pasa por la vena de la hoja a buscar otra hojuela, no habitada, donde va cortando y comiendo desde la extremidad, en corte recto y transversal como si lo hiciese con tijeras afiladas; así pasa la noche, comiendo y descansando a intervalos; al amanecer vuelve a buscar su posada y en ella permanece tranquila durante todo el día.

Cuando alcanza su completo desarrollo, mide la oruga ocho centímetros de longitud, es de color verde tierno, con cinco rayas longitudinales amarillentas, tres de ellas reunidas a lo

largo del dorso; la cabeza oblonga y deprimida, de color gris pálido, con dos cuernitos anaranjados, en la parte posterior, terminados en punta negra, y otros casi imperceptibles por su tamaño y colorido. Tiene la piel desnuda, ligeramente rugosa, exceptuando la cabeza que es lisa con pelillos ralos; la cola se termina por dos apéndices celestes de punta negra, forma cónica alargada, abiertos en ángulo agudo.

Teniendo una de estas orugas sobre la mesa, por la noche, para hacer su dihujo, tuvo que practicar la función biológica de limpiar el intestino: levantó la parte posterior, dando salida a un canutillo corto, de color verde renegrido; más como la posición en que estaba colocada dejase allí aquel estorbo para seguir tendida de plan sobre la superficie dorsal de la hoja, hizo un movimiento rápido lateral, con la parte trasera y desalojó el estorbo, con tal habilidad como pudiese hacerlo cualesquiera de los animales superiores.

Debido al medio en que se desarrollan estas orugas, su aspecto general varía notablemente: un ejemplar criado en una palma de pejivalle, en el patio de nuestro Museo Nacional, era verde morado, con diez anillos y tres rayas longitudinales también de color morado; en la cabeza tenía tres pares de cuernos encarnados, más largos los centrales; todo el cuerpo con pelos cortos y ralos; pero muy notables en la cabeza, como si la consistencia espinosa de la planta donde tomó su alimento le hubiese comunicado una parte de sus condiciones físicas.

Terminado el crecimiento de la oruga, sale de su guarida, trajeada con el velillo blanco de las novias, se instala al centro de una hojuela, por debajo, pálida e inmóvil, y comienza su transformación misteriosa: tres días más tarde se ha convertido en crisálida verde esmeralda, colgate y graciosa como una uva de Málaga; ostentando una manchita dorada a cada lado, a manera de zarcillos.

Durante este tiempo no recibe otro alimento que el aire y la humedad atmosféricos; algunas veces se le ocurre a la oruga colgar su crisálida en la fronda de un helecho, o en la

madera de un tabique; un ejemplar encerrado en un cajoncito, con tela de alambre, colgó un crisálida de la tabilla superior, y allí hizo su metamorfosis, cual si estuviese en una planta de pacaya, manifestando su vitalidad satisfecha con ligeras contracciones. En la mañana del 2 de julio, a los veinte días de encerrada la oruga, mi niño menor de cinco años, al abrir el cuarto del estudio, me llamó la atención sobre la crisálida, diciéndome: «ya va a salir la mariposa, porque se ha puesto morada». Efectivamente, al sentir el calor de sol que entraba por la ventana, la cascarita envolvente hizo *crac, crac*, rompiéndose sobre el dorso, cual si fuese una nuez fragilísima, y comenzó a salir la mariposa con las alas plegadas al abdomen, redondo, de tinte verdoso. Poco a poco se fué estirando y adquirió un matiz castaño; media hora después, el abdomen tenía forma ovalada y poco más tarde, a las 8 a. m. había adquirido ya el talle usual, ligeramente abultado como en las hembras adultas, cuando van depositar sus huevos. Las alas deformes al salir tomaron paulatinamente la rigidez natural, tendidas una junto a la otra en posición vertical, suspensa la mariposa con las cuatro patas posteriores del cascarón, que al secarse fue tomando la pálida blancura de los cadáveres.

Vista por encima la mariposa, con las alas abiertas, presenta un fondo general de color chocolate, con matiz negruzco en los bordes, una faja ocrácea cruza diagonalmente las primeras alas, más ancha y bifurcada en su comienzo, sobre la parte media del borde frontal; en los ángulos anteriores tienen dos manchitas triangulares, a cada lado, de color blanco. Por debajo es gris, jaspeada de castaño y negro, con dibujos caprichosos de un valor artístico admirable, presentando además tres ojuelos a cada lado, uno en las alas anteriores y dos en las posteriores.

La hembra alcanza nueve centímetros de abertura, cuando está con las alas extendidas, y su coloración es menos intensa que la del macho; éste puede reconocerse por ser

más pequeño y por tener dos remolinos de pelos castaños en las alas posteriores.

La mariposa recién nacida permanece por algunas horas colgante del cascarón de su crisálida, como si le doliese desprenderse de aquella envoltura que la dotó de elementos para volar con libertad; luego cambia de sitio, ensayando por grados la resistencia de sus alas, y por último al caer la tarde vuela con rapidez en busca del aire libre y del amor.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, Septiembre de 1915.

